

Vigilia de PENTECOSTES

Junio 3, 2017 Catedral de San Agustín

(First Annual Diocesan gathering of Charismatic Hispanic Catholics)

Estoy muy alegre de estar con ustedes, para celebrar esta misa tan especial, en la Vigilia de Pentecostés. Le doy la bienvenida a mis hermanos sacerdotes (Padre Fabio, Padre Daniel, Padre Jose) y a todos ustedes, a la Iglesia Catedral. Todos ustedes que vienen de diferentes parroquias, de la diócesis ¡BIENVENIDOS! Agradezco a las Hermanas Misioneras del Divino Espíritu, por la Coordinación de este encuentro.

Pentecostés es pura ALEGRÍA! Es VIDA EN EL ESPIRITU. Es llevar dentro el fuego del amor de Nuestro Señor resucitado. Pentecostés es una fiesta solemne para todos los cristianos, especialmente para nosotros católicos, que damos gracias por el Espíritu Santo, que guía la Iglesia y que, vive en nosotros, en nuestros corazones, haciendo de nuestros cuerpos, cada día “templos del Espíritu Santo”.

Como su obispo, sucesor de los apóstoles, quiero compartirles la alegría del Espíritu Santo y la Buena Noticia del Señor resucitado. Esa es la esencia de nuestra fe.

Todos conocemos lo que ocurrió cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en el Cenáculo, en el primer Pentecostés. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que, de repente hubo un “viento huracanado”, una tormenta, o mejor aún, como un tornado, “que llenó toda la casa”. Y el Espíritu Santo, se posó sobre cada uno de ellos “como lenguas de fuego. Y quedaron llenos del Espíritu Santo.”Y ese Espíritu Santo convirtió los apóstoles y los discípulos, de unos confusos y miedosos hombres y mujeres, en valientes, apasionados, vibrantes testigos del Señor resucitado. ¡Ellos se llenaron de ALEGRÍA!

Eso es lo que quiero traerles a ustedes, para que encuentren en esta fiesta maravillosa – la razón por la cual nosotros, como discípulos de Jesús, debemos llenarnos de ALEGRÍA, de ESPERANZA, del FUEGO del amor de Jesús.

Hoy hay muchas personas que buscan ese “algo” que se ha perdido en sus vidas. Ellos quizá, no se dan cuenta, pero lo que están buscando, es a Dios. Dios es lo que necesitamos, y nunca estaremos satisfechos hasta encontrarlo – o mejor aún, hasta que dejemos que Dios nos encuentre. San Agustín, dijo a Dios: “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.”

Mirando alrededor – en nuestras ciudades, en nuestro país, en el mundo – vemos una gran tristeza, a causa de muchas razones. Lo que ellos realmente necesitan, es alguien que les traiga la Alegría del Evangelio, la Buena Noticia de Jesucristo.

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo, nuestra vocación bautismal es ser Misioneros de la alegría en el mundo – o al menos en la parte del mundo donde vivimos. De modo que hoy es un buen día, para revisar nuestros corazones – y preguntarnos: “Cuan entusiasta soy acerca de mi fe?”, “Cuánto me llena saber que Jesucristo está vivo? “¿Cuánta esperanza tengo al saber que soy “templo, una morada del Espíritu de Dios?”

Algunas veces perdemos el fervor de nuestra fe, a causa de los problemas de cada día, fácilmente nos desalentamos; es posible que la rutina de nuestras vidas o las distracciones del mundo nos aparten de nuestra fe y, aún algunas veces, sentimos que venir a la iglesia es aburrido. Esos son signos que tenemos “anemia espiritual”.

Esta noche, dejemos que la fiesta de Pentecostés, reavive nuestra fe; dejemos que el Espíritu Santo, nos abrace en el fuego de su amor, que esta Buena Noticia de Jesús, nos sacuda, como un terremoto, de cualquier aburrimiento, y nos devuelva a la vida diaria, llenos de ALEGRÍA y ESPERANZA.

Eso es lo que las lecturas de esta noche, nos están diciendo. Lo escuchamos del Profeta Ezequiel, cómo el Señor le muestra los huesos secos, sin vida. Y Dios deja que su Espíritu, en forma del “Soplo de su aliento” llene esos huesos secos, muertos, y les devuelva la Vida. Así es como Ezequiel supo y, cómo nosotros sabemos, lo que hemos escuchado en la lectura: “Entonces les infundiré mi espíritu y vivirán, los estableceré en su tierra y sabrán que yo, el Señor, lo dije y lo cumplí ”.

Esa es nuestra fe en Jesús resucitado; que Él es Vida, Alegría, Esperanza y fortaleza espiritual. ¿Cómo podemos renovar esta certeza de que Dios nos ama y nos quiere felices?

Es lo que hacemos en esos hermosos momentos de oración, reflexión y alabanza que hemos compartido esta tarde; es lo que hacemos en esta Santa Misa que celebramos juntos; es lo que hacemos unidos en alabanza, alrededor del altar del Señor, como hermanos y hermanas en Cristo. En este preciso momento, entre nosotros, Jesús está presente en su palabra de Vida y, en un momento, en su cuerpo y su sangre, en la Santa Eucaristía que es nuestro alimento espiritual.

SI, Pentecostés es pura ALEGRÍA. Y Pentecostés nos da ESPERANZA. Es lo que nos dijo san Pablo en la segunda lectura, en la carta a los Romanos. “En la esperanza hemos sido salvados”. No esperamos lo que se ve, esperamos aquello que no podemos ver, y confiamos en que Dios proveerá por nosotros, porque Él nos ama. Y vivimos nuestra vida entera, “esperando en alegre esperanza” el día de nuestra salvación, cuando pasemos de esta vida a la eterna.

Recordemos como después que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, ellos no se quedaron en el cenáculo y se gozaron ellos solos la presencia del Espíritu Santo. NO, ellos impulsados por él, casi forzados por él, se fueron a ser testigos alegres de Jesús.

Y la Buena Nueva de Jesús Resucitado comenzó a esparcirse por todo el mundo – ESE es el nacimiento de la Iglesia. Y ellos estaban tan convencidos de esto, que nada los detuvo – incluso dieron sus vidas por el evangelio.

Nuevamente, podemos preguntarnos, entonces nosotros, ¿qué? Todos recibimos el Espíritu Santo, el día de nuestra confirmación. Y ese mismo Espíritu Santo nos impulsa, nos mueve a ir al mundo entero a proclamar la Buena Nueva de que somos felices; que estamos alegres, que estamos orgullosos de nuestra fe católica.

¡Sí! Ser cristianos, católicos, es vivir en alegre esperanza.

Que Dios los bendiga abundantemente con los dones del Espíritu Santo, y que el fuego del amor de Dios, permanezca en ustedes y los ayude, con todos los miembros de la Iglesia, en el mundo entero, a “renovar la faz de la tierra”. Amen.